

En esta novela de Green aparece la misma familia literaria del personaje protagonista de «El poder y la gloria». No es que la obra sea una continuación de aquella, ni menos el tema se repite, aunque una vez más esté presente la tragedia del hombre acosado.

Jim Drover, el obrero comunista, personaje protagonista de «El poder y la gloria», aparece en las primeras páginas de «Campo de Batalla», para desaparecer prontamente en la sombra de la cárcel, condenado a la pena máxima por haber dado muerte a un policía. Quedan en primerísimo plano, su hermano Conrad y la mujer de Jim. Ambos dirigen sus esfuerzos, —Milly por amor a su marido, y Conrad por amor a Milly—, para conseguir la conmutación de la pena capital por 15 años de condena. Luchan, pero en su interior va abriéndose camino la verdad de que todo sería más fácil, dado que los hechos no pueden retroceder, que se ejecutase a Jim. En Conrad, esta evidencia es palpable. En Milly, más confusa, adquiere la forma de una acerba nostalgia de la vida amorosamente compartida, fiel y claramente compartida; vida que en ninguna circunstancia podrá ya volver. Quince años son muchos años, para que la débil Milly sea capaz de alimentar con hambre su espera. Milly no sabe de ensueños. Ha perdido su realidad, el hombre que la sostenía, la compañía que daba cauce y paz a su vida. Sola no sabrá vivir, necesita alguien que la ayude a ahuyentar su miedo, alguien que le hable... No obstante, ella ama a Jim. Pero muerto o en la cárcel, lo ha perdido ya definitivamente.

Conrad se instala en el piso de su cuñada; quiere estar cerca de ella para protegerla con su amor, su amor único y constante, que supo de celos indomables, de amarguras. Amor que guardó en silencio, amor que guardó puro, mientras supo a Milly feliz. Pero silencio y renuncia perdieron toda su razón de ser, ante el dolor y la infelicidad de Milly. Conrad

La obra se representa en el «Comedia». ¿Con éxito? Nunca se puede decir de un modo absoluto. Pues es tan escaso el público que acude a las buenas como a las malas representaciones teatrales. Parece ser que hay un pequeño y constante público que alimenta, con poca generosidad, la bolsa, la satisfacción y el orgullo de la gente de teatro. Desde hace años, la cosa sigue así. Decididamente, el teatro, en España, está de enhoramala,

Se habla de la decadencia del teatro español. Yo creo que no es cierto. El país que cuenta con las obras de un Jacinto Grau de un Federico García Lorca, de un Alejandro Casona y de alguna que otra, no muchas, producciones de Benavente, no es un país teatralmente en decadencia. Sino todo lo contrario. Lo que ocurre es que no existe un nivel medio de producción aceptable. Y esto hace nuestro teatro sea, en apariencia, algo inerte, sin vida.

Desde el punto de vista del teatro como espectáculo, sí: no existe un buen teatro español. Desde el punto de vista del teatro como Literatura y en su proyección hacia un futuro histórico, tanto como en su presencia actual de hecho artístico, el teatro español de hoy es importante. Porque hay que entender este «hoy» como período de tiempo que abarca lustros.

No faltan autores que pugnan por crear un buen teatro, medio. «Carlota», de Miguel Mihura, es una de las obras que puede inscribirse en este nivel medio que no es mediocridad, sino situación notable. Mihura ha sido un escritor de gran influencia en el medio social español. Creador de «La codorniz», ha puesto en circulación un tipo nuevo de humor que ha sido aceptado comúnmente y que, en cierto modo, será característico de los años de nuestra postguerra. Es un humor que muy a menudo se apoya en el absurdo, pero que, centrando en su justo medio, posee una realidad que es necesario reconocer.

se obstina en procurar una nueva felicidad para ella, Conrad, todo amor. Y su amor y su obstinación tejen la tragedia.

Amar es comprender y jamás fué fácil la vida para los clarividentes, para los que saben, para los que velan. ¡Extraña paradoja! Paradoja que el autor hace brillar con su más agudo patetismo.

Paradoja que enloquece a Conrad, que siembra odios en su corazón, extrañas rivalidades, quiméricos imposibles. Quisiera ocupar el puesto de su hermano, parecerse a él, ser incluso un asesino como Jim, para ser querido como Jim. Querido sin horror, sin lágrimas, sin miedo...

Pero los destinos, las vidas de Conrad y Jim discurren por

En torno a «Carlota», de Miguel Mihura

Las primeras obras de Mihura casi estaban por completo basadas en esta dialéctica de un humor «ad absurdum». Pero el autor ha llegado a estructurar un teatro mucho más sólido y apoyado en una estructura dramática enérgica y significativa por su acción y por su situación. Pues Mihura sabe jugar como pocos estos dos elementos de tan difícil manejo. El resultado, en esta ocasión, ha sido una tragicomedia bien dibujada, de complejo, pero claro, desarrollo escénico. Y en la que los contrasies entre risa y llanto consiguen tanto el chispazo cómico como la fulguración patética.

No obstante, la obra se inicia con excesivo humorismo, para acabar con un dramatismo inesperado al principio, pero al que el autor nos conduce gradualmente. Tal vez el director Arturo Serrano se ha equivocado al imprimir a los actores—correctísimos en su cometido— un exceso de expresión «codorcinecesca» al principio de la obra. Con lo que es posible que esta desproporción sea más imputable al director que al autor. Esta divertida y a la vez seria obra teatral —que Isabel Garcés y Rafael Navarro interpretan con buen arte—, es, a un tiempo, divertida parodia de un cierto tipo de comedia y novela policíaca inglesa. Y una amable sátira contra los mismos ingleses. Lo cual da pie a que el espectador evoque toda una tradición de humorismo, y que en seguida se adentre en el ámbito teatral que con habilidad y buen gusto se le ofrece.

«Carlota», a pesar de su inesperado final, sorpresivo y dramático no pretende decir nada trascendental. Pero es una obra dignísima, muy bien escrita y que avala el talento de un hombre de teatro. Su mayor mérito es su misma, inteligente, intrascendencia, su calidad artística lograda con buenos medios de dramaturgo que sabe que el teatro también es divertir al espectador.

Enrique Badosa.

sendas divergentes. Quiriendo vivir, Conrad muere.

Casi simultáneamente, en la prisión, un sacerdote, acaba de comunicar a Jim Drover la permuta de la pena capital por 15 años de condena. Y, ante la «buena noticia», Jim intenta suicidarse, tirándose por el hueco de la escalera, cuando lo cambiaban de celda. La red de alambre lo salvó.

El sacerdote de la cárcel está abatido.

—«No puedo seguir soportando la justicia humana, —dijo el capellán—. Es arbitraria, es incomprensible. Voy a renunciar.

Alguién le contestó, con su poquitín de miedo de parecer blasfemo, que la justicia hu-

mana se asemeja mucho a la justicia divina.

—«Tal vez. Pero uno no puede entregarle su renuncia a Dios. Y no tengo quejas de la merced divina.»

Y el capellán cambiando la palabra justicia por la palabra merced, supo anular su dubitativo «tal vez», evidenciando que sólo Dios puede ser, es siempre, justo y, al mismo tiempo, misericordioso. Bajo este doble signo, murió Conrad.

Mas la misericordia humana fué palmariamente injusta con Jim Drover. El hombre tuvo que vivir.

L. d'Andraitx.

*Colección «Grandes Novelistas» EMECÉ EDITORES S. A. — BUENOS AIRES 1954.